

SUPERFICIE

Mateo Luna vivía en la superficie. La superficie era su seguridad. Nadie sabe realmente de cuántos estratos se compone la vida, pero cada uno decide cuánto quiere profundizar, cuántas capas está dispuesto a atravesar, el número no significa nada en sí. Todo depende de la fortaleza a la que aspirar o del nivel de riesgo asumible en la búsqueda de ese estrato perfecto en el que se experimenta la felicidad.

A los ojos de los demás, alguien como Mateo podría constituir un ejemplo perfecto de éxito personal. Era fácil, sin duda, albergarle cierta envidia: una persona madura, pero joven aún, de cierto atractivo, con una buena situación laboral, apoyada en una trayectoria impecable, una familia de apariencia sólida, su mujer, su hija, ... Mateo transmitía confianza en su proceder diario, irradiaba seguridad y control desde cualquier punto de vista. En definitiva, una persona triunfadora, sin ningún resquicio de debilidad o duda.

Sin embargo, ese brillo exterior, ese espejo sin grietas, no se mantenía como fruto de una base personal firme o de un carácter maduro y reflexivo. Y es que había un resquicio de su personalidad que podía explicarlo todo, un detalle esencial, desconocido para el mundo y apenas intuido por sus

más allegados. Mateo había tratado, a lo largo de su vida, de caminar en una sola dirección: huir de los problemas.

Se levantó temprano, como cada mañana, con el tiempo justo para tomar un café en la cocina y cruzar dos frases con Ingrid.

—¿Vendrás hoy a comer? —le preguntó ella—. Mercedes va a hacer pescado al horno. Yo tengo reunión de departamento a las diez, pero no creo que se alargue. Creo que puedo estar en casa sobre las tres.

Mateo, soltando la taza en la mesa, miró a su mujer y se excusó.

—No te lo puedo asegurar, In. Velasco nos presiona a diario con el papeleo de la expansión europea, ya lo sabes. En un mes debemos tener listo el informe con todos los aspectos legales para el inicio de la operación. Desde que encargó a nuestro departamento dedicarnos por completo a ello, no hemos tenido una semana tranquila —dio un sorbo al café—. Espero que este asunto no dure mucho más, la gente está cansada, aunque se nos quiera presentar el tema como una aventura emocionante.

—Bueno, no te preocupes —terció Ingrid tratando de animarlo— es cuestión de aguantar un poco más, un mes como dices, y podrás volver a tus informes de siempre. A veces las cosas vienen un poco apretadas. Te preguntaba lo de la comida porque...

—Ingrid, ya te lo he dicho, no creo que pueda —la interrumpió.

—Mateo, el lunes es el único día que podemos comer juntos, podrías intentarlo... Ya sabes que María lleva unas semanas con el carácter un poco alterado.

—¿Es por eso? No le hagas caso, In. A María le gusta llamar la atención. Siempre ha sido un poco especial. Seguro que se le pasará —dijo cogiendo la maleta y el abrigo—. Ingrid recibió un beso algo formal y oyó un adiós desde la puerta.

Se quedó pensativa. No le gustaba esa sensación de vacío que experimentaba últimamente tras hablar con él. Las conversaciones se habían convertido, cada vez más, en cuatro frases banales, impregnadas de prisa y superficialidad. De nuevo Mateo pasaba de puntillas por las cosas, bien ignorándolas, bien minimizándolas. Y no es que ella buscara una persona que le diera la razón en cualquier cosa. Todo lo contrario. Ingrid anhelaba una mente sensible y serena, que aportara su visión de las cosas y se prestara a ese juego intelectual que implica acercar posturas y llegar, en un ejercicio simbiótico, a una conclusión que, superando las distancias iniciales, se convirtiera en una suma integradora. Era prácticamente imposible que Mateo se parara a valorar cualquier situación con un poco de tranquilidad, con unas gotas de reflexión. Él simplificaba, desmenuzaba cualquier problema, pero ni lo resolvía ni se prestaba al debate y a Ingrid, por su parte, le daba la impresión de que así se quedaba todo, sin posibilidad de revisión.

Mateo siempre había ejercido sobre ella una especie de control decisorio. Él tenía la última palabra y a ella le era muy difícil cambiar su veredicto. No era un control violento ni aterrador, pero Ingrid se sentía, en cierto modo, anulada y, por encima de todo, bloqueada por la rapidez con la que Mateo ponía fin a cualquier tema.

¿Así era como ella quería que fueran las cosas? Decididamente, no. En su casa no había huellas de calma, ninguna señal de sosiego. Ciertamente los quehaceres cotidianos se desarrollaban dentro de lo esperado, pero, al parecer, el día a día estaba bastante reñido con un poco de análisis vital. No había momentos de parar, de pensar, de ser. Estaba Mercedes, que no era poco, pero, claro, eso no bastaba. Ingrid esperaba algo más, necesitaba algo más, pero a la vista de cómo funcionaban las cosas en su vida desde hacía ya bastante tiempo, pensaba que no sabría cómo conseguir que fueran de otro modo.

Mientras dejaba las tazas junto al fregadero, se le vinieron a la mente retazos de sus primeros momentos juntos. Hacía casi veinte años de eso y, sin embargo, tenía la sensación de que para ciertas cosas el tiempo no había pasado. Cuando se conocieron, Mateo no lo tuvo muy difícil para conseguir acercarse a ella. Él había pasado de los treinta y estaba ya muy lejos de ilusiones y sueños adolescentes. Tampoco le preocupaba tener descendencia. Simplemente, vivía las cosas tal como venían, sin muchos planes, resolviendo conforme lo necesitaba.

Ella le impactó desde el primer momento, con su melena pelirroja y su conversación inteligente. No estaba acostumbrado, dentro de su círculo habitual, a palabras que no aludieran a leyes y economía. Ingrid le hablaba de colores, de texturas, de luces y sombras, de artesanos y comerciantes de siglos pasados. Eran sus primeros años de trabajo en la universidad. Como profesora asociada, simultaneaba las clases con los últimos retoques a su tesis doctoral. Trataba de hacerse hueco en un departamento complicado, habitado por alguna que otra soberbia andante y algunos —pocos— preocupados por la enseñanza y los jóvenes.

Coincidieron en una carrera solidaria en la que él, corredor más o menos habitual, participaba y a la que ella, que prefería los paseos por el campo, asistía como espectadora, pues siempre se había sentido muy identificada con las iniciativas humanitarias. Un conocido común, Ignacio Valle, que también corría aquel día, los presentó al final del evento. Ignacio era profesor en el departamento de Historia Antigua y Medieval, y conoció a Mateo por casualidad cuando gestionó la hipoteca de su piso con su entidad bancaria.

Unos días después, Ingrid recibía una llamada de teléfono de Mateo con la propuesta de tomar una copa de vino en el bar de un buen amigo. No se negó. Después de ese día, los ratos libres de ambos iban sincronizándose. Él vio en Ingrid

a la compañera perfecta y ella encontró en Mateo la seguridad que aún no tenía. Los pocos años que le llevaba se traducían en que él decidía y ella se amoldaba, sin problemas. En unos meses formalizaron civilmente su unión y se trasladaron a un amplio piso en una nueva zona residencial que gozaba de buena comunicación con el centro de la ciudad, algo fundamental para Mateo.

Dos breves toques de timbre la despertaron de su viaje en el tiempo. Mercedes, como siempre, llamaba a la puerta antes de abrir con su llave. Saludó cariñosa a Ingrid mientras dejaba su abrigo en la entrada y se aproximaba a la cocina.

—Bueno —dijo Mercedes—, hoy por fin hace un buen día. Ya estaba un poco cansada del frío. Creo que me voy haciendo mayor.

—No digas tonterías —le cortó Ingrid—, te mantienes fenomenal. Yo te veo siempre igual, como cuando viniste por primera vez. Algún día me dirás el secreto... A mí también me apetecía el sol —continuó—, los días grises me entristecen, pero parece que el día nos anima, como si nos dijera que da igual lo que hagamos hoy, todo saldrá estupendo.

—Seguro que sí —añadió Mercedes mientras dejaba el pan sobre la mesa de la cocina.

Años atrás, Ingrid probó ese pan que ella había traído de una panadería cercana a su piso y desde entonces se convirtió en un encargo permanente. Su sabor y textura le hacían revivir sensaciones de su infancia, ese momento de la vida en la que la mente aún no está enmarañada de ideas y los sentidos corretean libres para comunicar a su dueño sus impresiones, sus placeres y también sus miedos. El olor del pan disipó amablemente los pensamientos sobre Mateo, haciendo que se centrara en Mercedes y en las tareas del día.

Las dos mujeres comentaron las próximas comidas y alguna que otra faena doméstica que Ingrid pretendía que Mercedes acometiese en cuanto pudiera.

—Dile a María —le indicó— que recoja su habitación en cuanto llegue del instituto, que está hecha una pena. Yo me voy ya y llegaré justo para comer. No creo que Mateo venga, pero no lo sabré hasta última hora.

—No te preocupes —le dijo Mercedes—. Prepararé el pescado como dijimos y si queda no pasa nada, haremos algo con el resto. Vete tranquila. Le diré a María que ordene su habitación. Aunque me proteste un poco, al final lo hará.

Ingrid volvió a su habitación y se terminó de maquillar. Luego fue al despacho para coger su bolso y un pequeño maletín. Mientras abría la puerta para salir miró el reloj. A esa hora el despertador de María estaría a punto de sonar, pero no quiso volver y darle los buenos días, iba un poco tarde y si se demoraba no le daría tiempo a pasarse por el decanato para comentar un asunto antes de la reunión de departamento.

En la oficina de Mateo el ambiente se calcaba de un día a otro. Al salir del ascensor, dentro de aquel gran edificio ocupado íntegramente por su entidad bancaria, una aparente tranquilidad encubría un gran número de reuniones de pequeños grupos de personas, ocupados en estudios de viabilidad económica, informes jurídicos y directrices sobre un gran abanico de cuestiones legales.

Su despacho se encontraba casi al final del pasillo principal de la tercera planta. Se cruzó con Pedro y Alicia, que lo saludaron mientras continuaban su animada charla café en mano. «Estos dos», pensó, «acabarán juntos, seguro». Continuó hacia su puerta, que abrió con decisión, y puso en marcha su maquinaria particular: luces encendidas, ordenador conectado, cortinas de la ventana a media altura,

maletín abierto sobre la mesita auxiliar... todo dispuesto para una complicada mañana de trabajo. Esa secuencia de gestos, perfectamente ordenada y repetida durante años, era un ejemplo de su carácter. Necesitaba que todo lo cotidiano se produjera siempre de la misma forma, exactamente igual. Lo contrario lo sacaba de sus casillas y entonces Mateo, incapaz de improvisar, ya no era el mismo.

Controlar todos los aspectos legales de la ampliación de la entidad a dos países europeos le tenía completamente ocupado desde hacía ya tres meses. Atrás habían quedado informes rutinarios, de elaboración apenas semanal, que solventaba sin demasiados problemas, fruto de sus conocimientos y experiencia. Ahora el objetivo era más complejo: estudios de legislación francesa y portuguesa, directrices de la Unión Europea sobre mercados, informes sobre las empresas más competitivas en los principales sectores, etc. Tras la novedad inicial, todo se estaba volviendo más monótono, pero Velasco, el jefe del departamento jurídico, esperaba tener toda la información necesaria en dos o tres semanas y aún había mucho que estudiar y revisar.

Tras una espesa reunión con su equipo de trabajo, volvió al despacho. Dejó el portátil en la mesa y se dirigió a la ventana. La ciudad era ya a esas horas un tablero lleno de piezas desplazándose en todas direcciones. A Mateo le gustaba contemplar esa actividad frenética, de personas y vehículos, desde su atalaya particular, y se tomó unos minutos para despejarse antes de continuar. Después de dos horas enfrascado en documentos recibió una llamada. La pantalla del móvil identificaba el número de la residencia donde estaba su padre. Esteban, el gerente, le informaba de que Alberto había sido trasladado de urgencia al hospital por una crisis respiratoria aguda. Los doctores de la residencia no habían dudado en enviarlo al hospital. Era ya la tercera crisis

en dos meses. Mateo agradeció la llamada y soltó el móvil en la mesa. Un segundo después marcó en el teléfono el número interno de Velasco, pero comunicaba. Decidió enviarle un correo para contarle el problema y hacerle saber que salía en ese mismo instante.